

los trata y acaricia como si fueran en realidad seres vivos? A esto responderemos que no se trata de una creencia, sino de una ficción deliberada. El niño puede ciertamente pretender que tales cosas son vivas, pero en realidad no lo cree. Si la muñeca llegase á morder, no quedaria de ello ménos sorprendido que el adulto. Muchos animales inteligentes dramatizan en sus juegos esas acciones agradables de facultades ociosas de la misma manera que el niño, si es que falten los objetos vivos necesarios, en cuyo caso aceptan para representarlos, objetos inanimados, sobre todo si esos objetos son hechos de manera que simulen la vida. Por ejemplo, el perro que corre tras del palo que le tiran no lo cree vivo por esto. Si lo despedaza antes de haberlo atrapado, no hace más que dramatizar la caza: si lo creyera vivo, lo morderia con el mismo ardor antes ó despues de arrojarlo.

Alegaré todavía que el mismo hombre adulto traiciona algunas veces una tendencia íntima á representarse los objetos inanimados como animados. Irritado por la resistencia que un objeto inanimado opone á sus esfuerzos, puede, en un exceso de rabia, renegar de dicho objeto, tirarlo al suelo y pisotearlo. Pero esos actos tienen una fácil explicación: la cólera, como toda otra emoción fuerte, tiende á descargarse bajo forma de violentas acciones musculares que han de tomar tal ó cual dirección; cuando la causa de la cólera es un ser vivo, que es lo que más á menudo sucede, las acciones musculares se dirigen de manera que se le hace daño; y cuando el objeto no es animado, la asociación establecida dirige las descargas musculares en el mismo sentido, como no le distraiga otra causa en otra dirección. Pero no puede decirse que el hombre que da rienda suelta á su furor por actos de ese género, crea que el objeto es vivo, aunque por esta manera de descargar su irritación parezca pensarla.

Ninguno de esos hechos, pues, supone una confusión real entre lo animado y lo inanimado. La facultad de distinguir lo uno de lo otro, una de las primeras de que se perciben indicios hasta en los animales desprovistos de sentidos especiales, y que va aumentando á medida que la inteligencia se desenvuelve, y que se completa en el hombre civilizado, esta facultad tenemos que considerarla como poco ménos que completa en el hombre incivilizado. No es posible admitir que el hombre pueda confundir ideas que se hacen cada vez más claras en todas las formas inferiores del espíritu.

«¿Cómo, pues, se dirá, se explicarán las supersticiones?» «Que las supersticiones impliquen por lo general el que el hombre asigne la vida á cosas que no la tiene, es innegable. Si el hombre primitivo, pues, no se siente arrastrado

á cometer tal confusión, ¿cómo explicar la difusión extrema, si no es la universalidad, de creencias que atribuyen la personalidad, y tácitamente la vida, á una multitud de cosas inanimadas?

Replicaremos á eso, que tales creencias no son primarias, sino de todo punto secundarias, y que el hombre se siente arrastrado á ello cuando hace sus primeras tentativas para comprender el mundo que le rodea. El estado incipiente especulativo ha de venir despues de una fase en que no existía especulación alguna, en que no existía todavía lengua alguna propia para hacer que progresase la especulación. Para ese tiempo no tiene el hombre primitivo mayor tendencia que los animales á confundir lo animado con lo inanimado. Si en esos primeros esfuerzos de interpretación forma concepciones en desacuerdo con esa distinción preestablecida de lo animado con lo inanimado, es necesario que sea por consecuencia de una ilusión causada por una impresión fuerte, que introduzca en su espíritu el germen de un error que al crecer da lugar á un grupo entero de interpretaciones erróneas.

¿Cuál es el error originario? Precisa buscarlo entre las experiencias que declaran lo animado de lo inanimado. Estados hay que sin cesar se renuevan, en que seres vivos simulan cosas faltas de vida, y así veremos que en ciertos fenómenos que de ellos se originan está la simiente del sistema de supersticiones que crea el hombre primitivo.

#### EL SUEÑO Y LOS SUEÑOS

Una concepción hay que se nos hace tan corriente por efecto de nuestra educación, que equivocadamente la tomamos por una idea original y necesaria; tal es la concepción del espíritu, en tanto que ser interior distinto del cuerpo. La hipótesis de una unidad que siente y piensa, y habita en un cuerpo, ha penetrado de una manera tan profunda en nuestras creencias y lenguaje, que apenas podemos figurarnos que una tal idea fuera extraña para el hombre primitivo.

Sin embargo, no tenemos más que preguntarnos qué es lo que existe en la experiencia de un hombre ignorante que le pruebe la existencia de una tal unidad, para convencernos de las dificultades de su concepción. El hombre primitivo puede á todo propósito ver las cosas que le rodean, tocarlas, manejarlas, llevarlas de aquí para allá; pero él no conoce ni la sensación, ni las ideas, no

tiene palabras para esas cosas. Todavía posee ménos una palabra ó una concepcion sobrado abstractas para la conciencia. No piensa el pensamiento: ni sus facultades, ni su lengua bastarian para ello. Durante los primeros periodos piensa simplemente, sin notar que él piensa, y, por consiguiente, jamás se pregunta cómo piensa. Los sentidos le ponen solo en relacion con las cosas que existen fuera de él y con su propio cuerpo, y si va más allá del alcance de sus sentidos, no lo hace sino en la medida estricta, necesaria, para sacar conclusiones concretas relativamente á las acciones de las cosas. Una entidad invisible, intangible, tal cual se la figura el espíritu, es una alta abstraccion que no puede pensar y que no puede expresar en su vocabulario.

Esta imposibilidad, evidente *a priori*, se comprueba *a posteriori*. El salvaje no puede hablar de intuicion interna, sino sirviéndose de expresiones propias de la intuicion externa. Nosotros mismos, al decir que  *vemos*  la cosa que se ha explicado *claramente*, ó que *cogemos*  un argumento de una verdad *palpable*, expresamos actos mentales por medio de palabras que sirven por lo comun para expresar actos corporales. En cuanto á nosotros, hacemos uso de esas palabras, que suponen la vision y el tacto, en un sentido metafórico; pero el salvaje se sirve de ellos en un sentido que no distingue del sentido literal. Hace de su ojo el símbolo de su espíritu.—Véanse los *Principios de Psicología*, párrafo 104.

Pero en tanto no exista la concepcion del espíritu, como principio interior de actividad, no puede existir la concepcion de los sueños, tal como hoy los concebimos. En tanto no se reconoce la existencia de la entidad pensante, es imposible interpretar los hechos de la vision, las palabras, los actos, de que el hombre tiene conciencia durante su sueño, considerándolos como maneras de obrar de esta entidad. Es por esto que es necesario buscar qué explicacion reciben los sueños antes de que exista la concepcion del espíritu.

La hambre y la replecion, entrambas muy comunes en el hombre primitivo, excitan los sueños de una manera poderosa. Hétele aquí, despues de una caza infructuosa y un largo ayuno, que se tiende rendido de fatiga; y bien, mientras duerme, hace una caza feliz; mata, deshuela su presa, la cuece, y en el momento en que va á llevar á su boca el primer pedazo, se despierta de repente. Suponer que él se diga, «todo eso no es más que un sueño,» es suponer que está ya en posesion de la hipótesis que hemos demostrado que no podía tener. Lo que hace es tomar los hechos tal como se presentan. Recuerda, con una perfecta claridad, las cosas que ha visto y las acciones que ha cumplido; y

acepta sin vacilar el testimonio de su memoria. Verdad es que en el mismo momento se encuentra acostado é inmóvil. Ciertamente no comprende cómo ha podido realizar el cambio; mas como lo hemos visto no há mucho, el mundo en que se encuentra le familiariza con hechos inexplicables de aparicion y de desaparicion. ¿Por qué razon lo que él acaba de hacer y ver no seria uno de esos fenómenos? Si en otro momento, mientras duerme, harto de comida, el desarreglo de la circulacion produce una pesadilla; si, intentando escapar al peligro sintiéndose de ello incapaz, se figura cogido por las garras de un oso, y se despierta lanzando un grito agudo, ¿por qué no ha de concluir que ese grito ha sido provocado por un peligro real? Su mujer ciertamente está á su lado para asegurarle que no ha visto el oso; pero ella ha oido el grito, y como él, está muy lejos de pensar que un estado puramente subjetivo pueda producir tal efecto, y hasta no tiene palabras para expresar esa nocion.

Esa interpretacion del sueño, considerado como una experiencia real, recibe luego una confirmacion al narrarse, por cuanto esto se hace usando de un lenguaje imperfecto. Fácil nos es olvidar que distinciones que son para nosotros un juego, son imposibilidades para hombres que no tienen á su servicio más que un corto número de palabras. Cuando leemos que en la lengua de un pueblo tan adelantado como los antiguos Peruanos, la palabra *huaca* quiere decir «ídolo, templo, lugar sagrado, tumba, figuras de hombres, de animales, montaña,» podemos formarnos idea de la extrema imprecision de las frases que los hombres más incultos pueden componer con su vocabulario. Cuando se nos habla de una tribu de la América del Sud que todavía existe, en donde la proposicion:—«Yo soy Abipona,» solo puede expresarse bajo la vaga forma de: «Yo, Abipona,» no podemos ménos de concluir que esas formas rudimentarias gramaticales solo pueden explicar de una manera conveniente las ideas más simples. Y cuando sabemos que los hombres más inferiores pronuncian de una manera imperfecta las palabras que poseen, y que las combinan sin precision como el Akka, por ejemplo, cuya lengua tanto llamó la atencion de Schweinfurth por su defecto de articulacion, entonces apercibimos una tercera causa de confusion. Despues de todo lo dicho, no nos causará sorpresa alguna el que los Indios Zumis tengan necesidad de recorrer á muchas contorsiones faciales y de gesticulacion para «hacer comprender perfectamente sus frases;» que la lengua de los Bosquimanos tiene necesidad de tantos signos para ensanchar el sentido de sus palabras, que es «ininteligible de noche ó en lugares oscuros;» y en fin, que los Arapahos no pueden tampoco hablar entre sí en la oscuridad.

Si ahora recordando todos esos hechos, queremos saber lo que sucede cuando un salvaje cuenta un sueño, veremos que, aun suponiendo que sospechase alguna diferencia entre las acciones reales y las ideales, no podría expresarla. Su lenguaje no le permitiría decir «he soñado que veía,» sino «he visto.» Así, pues, cada uno cuenta sus sueños como otras tantas realidades, y de aquí que fortifique en cada uno de sus oyentes la creencia de que sus propios sueños son realidades.

Luego, ¿qué noción resultará de todo ello? Testigos hay que han visto que el dormido estaba en reposo. Al despertar, recuerda ciertos sucesos y los cuenta á los otros. Cree que ha estado en otras partes; niéganlo los testigos, y su testimonio se comprueba con el hecho de que el autor de la relación se encuentra en el mismo sitio en que se había dormido. Así, pues, toma el partido más simple, que es el de creer que á la vez que no se ha movido de aquel sitio, ha estado en otra parte, es decir, que hay en él dos individualidades, de las cuales la una se separa de la otra, bien que no tarda en volver. Así, pues, acaba por creer que también él, como tantas otras cosas, tiene una doble existencia.

De todos los cuatro puntos cardinales nos llegan pruebas para demostrar que tal es la concepción que los salvajes se forman realmente de los sueños, y que esta concepción se conserva hasta después de haber hecho la civilización considerables progresos. Hé aquí algunas de ellas.

Schoolcraft dice que los Indios de la América del Norte creen en general «que tenemos dos almas, una que queda con el cuerpo, mientras que la otra está en libertad de dejarlo para hacer sus excursiones durante el sueño.» Según Crantz, los Groenlandeses creen «que la alma puede olvidar el cuerpo durante el intervalo del sueño.» Thompson dice que los naturales de Nueva Zelanda creen «que durante el sueño, el espíritu se separa del cuerpo, y que los sueños son los objetos que vé durante sus peregrinaciones.» En las islas Fijis «se cree que el espíritu de un hombre que todavía vive, quita su cuerpo mientras duerme, para ir á atormentar á otras personas.» Igual cosa se cree en Borneo. Según Saint-John, los Dayaks están convencidos de que «la alma, durante el sueño, marcha sola de expedición; y que vé, oye y habla;» y el rajah, Brooke dice además que «los Dayaks creen que las cosas que se presentan de una manera fuerte á su espíritu en sus *sueños*, son cosas que *realmente* han tenido lugar. Entre las tribus montañosas de la India, los Karenos, por ejemplo, siguen iguales doctrinas; y dicen, según lo cuenta Mason, que «durante el sueño, el La, espíritu ó espectro, se marcha á las extremidades de la Tierra, y que

nuestros sueños son lo que el La vé y experimenta en sus viajes de exploración.» Los mismos Peruanos antiguos, por adelantado que fuera el estado social que habían alcanzado, daban á los hechos la misma interpretación. «Creen, dice Garcilaso, que el alma abandona el cuerpo durante el sueño. Afirman que la alma no puede dormir, y que las cosas que soñamos son las que la alma vé en el mundo mientras que el cuerpo duerme.»

Aunque sean bastante raros los casos de sonambulismo, los que ocurren sirven en tales sociedades para confirmar dicha interpretación. En efecto, para un espíritu desprovisto de crítica, un sonámbulo parece un ejemplo de la persistencia de la actividad del hombre durante su sueño, que supone la concepción primitiva de los sueños. Cada fase del sonambulismo suministra una prueba de ello.

A menudo el hombre dormido se levanta, cumple diversas acciones y vuelve á acostarse sin despertarse; algunas veces recuerda sus actos y los tiene por imaginaciones del sueño, pero no deja por esto de sorprenderse cuando los testigos le afirman que realmente ha hecho las cosas tal como él cree haberlas soñado. ¿Qué, pues, construirá el hombre primitivo sobre una base tal de experiencia? El sonámbulo vé en ello la prueba de que puede marchar y llevar una vida activa durante su sueño, y sin embargo, encontrarse de nuevo en el sitio donde antes estaba acostado. Los testigos ven la prueba no ménos decisiva de que los hombres van y vienen durante su sueño, que realmente hacen cosas de las que hacen en sus sueños, y que hasta algunas veces se puede ver como las hacen. Verdad es que un detenido exámen de los hechos les enseñaría que en ese caso, el cuerpo del hombre faltaría del lugar donde se echó para dormir. Pero el salvaje no examina los hechos de una manera tan acabada.

Además, para los casos en que el sonámbulo no recuerda las cosas que ha hecho, le queda el testimonio de los otros para convencerle de que no descansaba, y aun para ciertos otros la prueba es más importante. Cuando, como alguna vez sucede, su paseo nocturno lo pone en contacto con un obstáculo que le despierta, encuentra en ello la demostración de lo que se le afirma, á saber: que se pasea durante su sueño. Al volver á la cama, ciertamente no halla en ella otro yo; pero ese descubrimiento, inconciliable por otra parte con la idea general admitida, no hace más que aumentar la confusión de sus ideas sobre esas materias. Incapaz de negar que se pasee durante su sueño, vé en su caso una prueba de la creencia reinante, sin preocuparse por esto de su inconsistencia.

Quando, pues, estudiemos lo que la tradición, con sus exageraciones, hará